

ahora que monseñor el condestable no les va en zaga, y obrad con el juicio conveniente para complacerlo, revelándole donde se encuentra el duque de Arcos.

—Puesto que à la fecha no ha caído preso, puedo afirmar que estará ya en Madrid, en donde monseñor de Montmorency puede hacer sus tentativas para aprehenderlo, si así le place.

No se tardó en saber en efecto, que el conde de Arcos estaba al lado de Felipe II, y como la detencion de la bella y valerosa cautiva no tenia ya objeto, se le devolvió la libertad. Las prisiones de Estado comenzaban por otra parte, à estar repletas de calvinistas encerrados en ellas por el cardenal de Lorena, y era preciso que hubiera lugar para los nuevos huéspedes.

Consideramos que este es lugar oportuno para dar à fin de que se comprendan bien los acontecimientos subsecuentes, una exacta descripcion de esa cárcel de Estado, que existe todavia aun en su mayor parte, aunque ha cambiado algo de destino, en razon de que ya no se meten allí mas que acusados políticos, de cuya suerte debe decidir la justicia nacional.

Se entraba al Torreón de Vincennes por dos puentes levadizos que rara vez se bajaban, y de los cuales uno muy pequeño servia para los de à pié y el otro para los carruages. Al llegar à un recinto de paredes estremadamente altas y demasiado gruesas, no se descubria mas que una sola entrada que defendian dos centinelas y tres puentes. La que comunicaba con el Torreón no podia abrirse ni por dentro ni por fuera, sino con asistencia del llavero y del sargento de guardia, no bastando la de uno solo de ellos. Por allí se pasaba à las torres, cuya única entrada cerraban otras tres puertas. Todas las salas que separan las cuatro torres en que quedan los cuartos en que se metia à los presos, tenian otra puerta casi del mismo grueso. Por último, se llegaba por otros tres al sitio destinado à los detenidos, y con la que estaban en contacto estaba forrada de fierro. Hay en cada una dos cerraduras, tres cerrojos, pesos enormes para evitar que se abran, y se encuentran ademas dispuestas de modo que la segunda detiene à la primera y la tercera à la segunda. Tal era la seguridad de esas prisiones, cuyas paredes tienen diez y seis piés de grueso, y mas de treinta de elevacion las bóvedas. Las piezas son ménos grandes que las de la Bastilla, y ménos lúgubres tambien.

Sin embargo, aquellas sombrías estaciones habrian estado en una oscuridad eterna sin los vidrios apagados que dejaban pasar algunos débiles rayos de luz. Rejas de fierro interior no permitian acercarse à esos tragaluces, y otras cruzadas, que no se pueden tocar, interceptan la luz y el aire exterior. Entre esos dos órdenes de rejas, solia haber todavia otro mas.

El último comandante, Mr. de Rongemont, mandó levantar las ventanas, à fin de que el preso no pudiera ver ni à su altura ni por arriba, y para completar la clausura, en todas partes se habian puesto emparrados que salian hácia fuera y llegaban à la mitad de la ventana, à mas de lo cual habia en la mayor parte

de las piezas un enrejado de alambre entre los fierros. Con tanto obstáculo los tragaluces quedaban casi tapados é inservibles.

Todos aquellos agujeros caían à los patios del Torreón, escepto tres cuartos colocados sobre los fosos, y por encima de los cuales se paseaban los centinelas. En la noche entraban los soldadados del cuerpo de guardia, se levantaban los fosos, se cerraban y echaban los cerrojos de las puertas de las torres, (pues las de los presos así lo estaban à toda hora del dia y de la noche), y se entregaban sus llaves en union de todas las demas, en manos de un oficial que entraba y salia con la guardia, sin ejercer jurisdiccion alguna en el Torreón. Colocábanse dos centinelas de modo que pudieran cuidar todas las casas del cuadrado, flanqueando por las torres. Una ronda pasaba cada media hora por debajo de las ventanas, y por mañana y noche, ántes de que se abrieran ó cerraran las puertas, daba vuelta à los fosos, à los que ni à los llaveros se permitia nunca llegar sin órden espresa.

Todas estas precauciones no impedian que los centinelas exteriores recibieran la consigna de ordenar à los transeuntes que apartaran los ojos de encima del Torreón, de suerte que no dejaban de repetir desde que amanecia: *seguid vuestro camino.*

Los cuartos de los presos estaban separados por una amplia sala, ó pieza central, que servia de pasadizo para ir à las cuatro torres que flanquean el cuerpo de guardia principal, y allí se paseaban los presos por turno, cuando no podian bajar al jardin. Una de esas grandes piezas servia en otro tiempo de cocina: la del primer piso se llamaba *sala del tormento*. Todavía se encuentran en ella sillas de piedra destinadas à servir de asiento à los desventurados, condenados à la tortura. Argollas de fierro metidas en la pared, y que servian para sujetar los miembros en el momento del suplicio, cercaban esos asientos de dolor. En aquellos calabozos privados de aire y de luz, habia tambien camas de palo en que se encadenaban à los que obtenian el permiso de entregarse à muy breves instantes de sueño.

De la cocina se pasa à una especie de calabozo del piso bajo. A la luz del dia que penetra allí débilmente, se descubre contra la pared un lecho incrustado en la piedra, sobre el cual se echaba una poca de paja para que se acostase el infeliz encerrado en aquel lugar. Uas argollas de fierro colocadas por arriba y por debajo de la cama, indican que servian para encadenarlo. Al pié de aquel potrero de tormentos se ve la estrecha boca de unos comunes, único lugar del calabozo al que permitian aprocsimarse al preso las ligaduras que lo sujetaban.

La cúpula del Torreón, especie de linterna muy pequeña levantada en la parte mas alta de la torre principal, se distingue por el calor insoportable y el frio escesivo que alternativamente debia sentir allí el misero que la habitaba.

Una capilla era de necesidad en aquella rigurosa prision, y se iba à ella por tres celdas, cerradas todas con puerta doble, y en cada una de las cuales habia un

preso. El cuarto del capellan infunde tristeza: sobre la entrada se lee *carcer sacerdotis* (cárcel del sacerdote), lo que parece denotar, aunque contra toda verosimilitud, que mientras ejercía sus funciones, quedaba incomunicado con los de afuera.

La escalera de caracol, muy estrecha, compuesta de escalones altos y obstruida à cada paso por puertas que se tenían rigurosamente cerradas, es de doscientos sesenta y cinco escalones. Tenían en una plataforma de esquisito trabajo por su gracia y su solidez, en la que se disfruta de una vista inmensa y de una deliciosa variedad.

Al ver los fosos, las torres, las puertas dobles y triples forradas de fierro, no se concibe que la industria humana haya podido nunca inventar nada mas riguroso para aumentar los obstáculos que se oponían à la libertad de los encerrados en aquella prision.

Hé aquí cual era el régimen que se observaba en el Torreon de Vincennes, y el modo con que se trataba à los presos, que eran doce por lo comun, aunque à veces solían subir à veinte ò treinta.

Como la incomunicacion era uno de los objetos à que mas se atendía en las prisiones de Estado, se había creído necesario interesar mucho en su observancia à los encargados de conservarla, haciendo sus destinos muy lucrativos, y se les había encargado de la comida de los presos, sin duda por haber dado à entenderse que así era preciso. El rey pasaba al comandante de Vincennes seis francos diarios por los alimentos, lavado y alumbrado de cada preso, al que se daba tambien en el mes media libra de tabaco en polvo.

En la Bastilla una tarifa arreglaba el gasto diario de los detenidos, segun su estado y su nacimiento. Otro tanto sucedía en Vincennes en casos extraordinarios. Un príncipe de la sangre estaba tasado à cincuenta libras al dia: un mariscal de Francia en treinta y seis: un teniente general en veinticuatro: un consejero del parlamento en quince: un juez ordinario, un sacerdote, un financiero, en diez: un vecino acomodado, un abogado, en cinco: un vecino pobre en tres, y los miembros de las clases ínfimas en dos libras diez sueldos, que era el valúo de los guardias y de los criados.

Es de presumirse que esta módica tasa se disminuía aún en ciertas ocasiones. La leña se pagaba por separado en el Torreon de Vincennes, y à razon de tres libras por cuarto, si bien el comandante rebajaba uno, ó por lo ménos su precio con pretexto de destinarlo al cuerpo de guardia. Por los dos restantes se le pagaban seis luises, aunque no le costaban mas que tres, de manera que hay que que agregar ese lucro à los emolumentos de su empleo.

Los llaveros tenían orden de no prender fuego à los presos mas que dos veces al dia, ó lo que es lo mismo, de no echar leña en sus estufas ó chimeneas mas que por la mañana al entrar en su pieza, y luego al meterles la comida ó la cena, de suerte que el consumo diario no debía pasar de seis leños, ú ocho, cuando mas si eran chicos.

Los presos de Vincennes eran dueños de gastar mas de seis francos al dia, y el rey pagaba de mas al comandante dos plazas vacantes, todo lo cual era independiente de los sueldos y goces del destino. La asignacion era solo de tres mil libras; pero las pingües ganancias del puesto formaban una renta de consideracion. Por mucho tiempo disfrutó ese funcionario de cuatro jardines, uno de los cuales se componía de cincuenta y dos acres, y varias veces se había solicitado tomarlo en arrendamiento por seis mil libras. En 1779 se quitó à Mr. de Ronquemont una gran parte de ese jardin para trasplantar los almácigos del Roule, dejándole solo veinte acres. Una hermosa y cómoda habitacion era otra de las utilidades del empleo, que dejaba cuando ménos un producto seguro de diez y ocho mil francos.

Desde el principio del año hasta el fin, se daba à los presos su caldo y un platillo en la comida, siendo el segundo de pasteles los juéves. Componíase la cena de un asado y otro platillo, y se daba ademas una libra de pan y una botella de vino al dia, y dos manzanas en una de las comidas de los juéves y domingos, pudiéndose cambiar ese postre por un bizcocho de dos sueldos. Ni seis veces dejaba de comerse en el año, en el Torreon de Vincennes, carne de res. La comida de vigilia no era mas variada, componiéndose de legumbres, de dos ó tres arenques y de una lonja de raya.

Los detenidos que se alimentaban à sus espensas, pagaban tres libras por comida, y no eran mejor tratados. Se daba à cada preso cuatro servilletas y dos estropajos por semana, un par de sábanas al mes, seis velas semanarias en verano y ocho en invierno. No se les ponía cuchillo en la mesa, de manera que tenían que trinchar la carne con los dedos, ayudándose con un tenedor de estaño. Almorzaban à las once de la mañana y comían à las cinco de la tarde. Esta costumbre ridícula y perniciosa dejaba à los presos diez y ocho horas sin alimento, mientras no mediaban mas que seis entre las dos comidas. Los de rango elevado no estaban sujetos à esta regla monástica. El superintendente de policia hacia por lo regular una vez al año una visita de inspeccion. Servíasele en casa del comandante un suntuoso y espléndido banquete, compuesto de cuanto puede inventar el gusto mas esquisito. Se tenía cuidado de insinuar à dicho magistrado, que el cocinero, à quien nunca dejaba de elogiar, era el del Torreon, de lo cual deducia el visitador que eran por lo ménos bien sazonados los platos destinados à los presos. Imbuido en esta opinion, subía à las torres, donde apenas permanecía una hora, sin ver mas que à un corto número de los encarcelados, quienes léjos de quejarse del trato que recibían, ni tiempo tenían para decirle unas cuantas palabras, concernientes à la libertad que esperaban de justicia.

Nadie en el mundo, escepto un confesor, podía verlos sin testigos. El sargento debía observar con cuidado el instante en que entraba y el en que salía el cirujano mayor, quien jamas penetraba en cuarto alguno sin un llaverero, que tenía derecho y autorizacion de no permitirle que hablara de otra cosa que del estado actual de la salud del enfermo. Había en el Torreon un médico, un cirujano

mayor, un dentista, un oculista, un confesor, un capellan, y artesanos de todas clases al servicio de la prision, fuera de tres llaveros y de los criados que el rey mantenía para presos de cierta clase. La ocupacion de los llaveros se limitaba á servir y á encerrar á los encarcelados, de los cuales, los que tenían criado particular, pagaban por él novecientas libras de pension.

De noche era cuando se metía por lo comun á un preso en la fortaleza. La débil luz de una lámpara, verdaderamente sepulcral, alumbraba sus pasos, que guiaban dos conductores. Veía y oía correr innumerables cerrojos: puertas de fierro giraban sobre sus goznes enormes, y las bóvedas resonaban con aquel ruido espantoso. Una escalera tortuosa, estrecha, escarpada, alargaba el camino y multiplicaba los rodeos. Recorríanse salas espaciosas: el trémulo resplandor que rompía aquel oceano de tinieblas, por todas partes dejaba vislumbrar candados, pasadores y barras de fierro, y aumentaba el horror de semejante espectáculo y el espanto que infundía. El infeliz llegaba por fin á un calabozo, en el que encontraba un banco de cama, dos sillas de paja, y á menudo de palo, un cántaro casi siempre despostillado, una mesa sucia y asquerosa. El comandante mandaba entónces á los llaveros registrar al recién llegado, les daba el ejemplo, comenzando él mismo la operacion, para que la efectuasen con mayor celo y exactitud. Despojábase al pobre paciente de todos sus efectos, quitándosele dinero, reloj, alhajas, blondas, cartera, cuchillo, tijeras, después de lo cual se le amonestaba lacónica é imperiosamente á que no hiciera el mas ligero ruido. *Esta es, le decian, la casa del silencio.*

Después de registrarlo con la mayor escrupulosidad, se decidía de su suerte, estableciéndose la manera de tratarlo. Si se prohibían papel y libros, nada lo distraía de sus dolorosas reflexiones, ni del espantoso fastidio que lo consumía. Si se otorgaba el permiso de leer y escribir, había que sujetarse á nuevas pruebas. No había biblioteca propia del Torreón: el comandante tenía algunas obras que prestaba á los presos agraciados; pero se necesitaba que el llavero se las pidiera veinte veces antes de conseguir un solo tomo, ó un cuaderno de papel esmeradamente numerado; y ninguna carta salía fuera, sin ser leída antes por el mismo comandante.

El llavero entraba en el cuarto de los encarcelados tres veces al día, y parecía casi siempre un mensajero de la desgracia. Una fisonomía austera, un silencio imperturbable, un corazón insensible á la compasión, eran las virtudes de su oficio. En vano le hacía preguntas el preso: una seca negativa era la única respuesta que recibía. *No sé nada*, era la fórmula sempiterna del llavero.

Los presos mas favorecidos que eran bien pocos, se paseaban una hora diaria en un jardín de treinta pasos de largo, acompañados de sus llaveros, que no debían ni dejarlos un instante, ni dirigirles la palabra. Pasada la hora, se volvía al punto al Torreón.

Los que un destino propicio devolvía á la sociedad, á su familia, á sus amigos,

eran tratados al salir de la prision de la misma manera que lo habían sido al entrar, registrándoseles con una escrupulosidad ofensiva, y escigiendo el comandante del cautivo, á quien infería este último ultraje, que jurara no revelar nunca lo que pasaba en aquella cárcel.

Se tomaban en Vincennes las mas esquisitas precauciones para que ningún detenido muriera sin confesion, ni sin recibir los últimos sacramentos. Era sin embargo, bien difícil conseguir el permiso de confesarse con un sacerdote de fuera; y ántes del siglo pasado, era indispensable la autorizacion del rey para que fuese administrado un preso.

Tal fué, desde el fin del reinado de Enrique II hasta en tiempo de Luis XVI, el Torreón de Vincennes, y tales su personal, sus reglamentos, su interior. No teniendo ya que ocuparnos en lo sucesivo en semejantes pormenores, continuaremos nuestra narracion desde el advenimiento de Francisco II, en cuyo reinado se envenenaron tan rápidamente las contiendas religiosas que debían ensangrentar la Francia durante siglo y medio.

El duque de Guisa y el cardenal de Lorena su hermano, se habían apoderado con facilidad del poder, al subir Francisco II al trono. De edad apenas de diez y seis años estaba ya el monarca encenagado en los vicios, y carecía de toda aptitud para los negocios. Con el nombre de ministro, el cardenal era el verdadero rey; mas para consolidar su poder, tenía que vencer una oposicion formidable á cuya cabeza estaban el príncipe de Condé y el rey de Navarra, á quienes los calvinistas, llamados por burla *hugonotes*, habían escogido por gefes, mientras los Guisa se hacían necesarios en cierto modo al partido católico.

La guerra comenzó con la publicacion de una infinidad de folletos, que inundaron la Francia. Viendo que en este terreno no podía obtener la ventaja, recurrió el cardenal á la violencia, y contestó á las sátiras lanzadas en su contra con encarcelamientos y con los escesos mas monstruosos. Entre los personajes aprehendidos como autores de libelos, canciones, epigramas, se contaron de Soucelles, á quien el cardenal tuvo la audacia de aprehender en los aposentos del rey de Navarra, á cuyo lado se creía en seguridad: un hijo del conde de Haram y el bailío de Saint-Agnan. Los tres fueron encerrados en el Torreón de Vincennes.

Tales rigores, lejos de desalentar á los calvinistas, los escaltaron, y no habiendo pensado hasta entónces mas que en defenderse, no tardaron en disponerse al ataque. Entónces se formó la famosa conjuracion de Amboise, de la que era gefe aparente el caballero de La Renaudie, y que en realidad dirigía el príncipe de Condé. Uno de los mas terribles conjurados era un joven señor, de origen inglés, Roberto Estuardo, pariente de la reina de este nombre, el cual había propuesto, en una junta de los gefes del partido, prender fuego á Paris por los cuatro vientos, coger á los Guisa en medio del tumulto y ahorcarlos.

—No hay otro medio de acabar con ellos,—decía,—y mientras mas dilatemos

en emplearlo, mas nos debilitaríamos, llenándose las cárceles con nuestros hermanos. Ya están en Vincennes nuestros mas intrépidos compañeros, y la misma suerte nos está reservada à nosotros, si no nos apresuramos à dar un golpe decisivo.

Su mocion fué desechada; pero abrió la puerta à la conjuración. Como la corte y los Guisa estaban entónces en Blois, los calvinistas decidieron dirigirse à esta ciudad en número de dos mil, por caminos diferentes, apoderarse de los Guisa y suplicar al rey *muy humildemente con espada en mano*, que tratara con mas humanidad à los reformados.

Regocijábase Roberto Estuardo al pensar en el activo papel que debía hacer en el lance, cuando una noche, al salir de uno de los conciliábulos en que se reglamentaba cuanto habia de verificarse à consecuencia del triunfo, que parecia infalible, lo sorprendieron unos hombres montados, que le pusieron una mordaza, lo ataron sobre un caballo y lo llevaron al Torreón de Vincennes, adonde llegó sin haber recibido una sola respuesta à las mil preguntas que habia hecho.

—Bien lo habia anunciado,—esclamó al entrar en el lúgubre asilo que se le habia destinado,—aquí caeremos todos si no se apresuran.... pero apresúrense ó no ahora, ya no asistiré yo à la frasca.... con todo, lléveme el diablo si me quedo aquí por mi voluntad.... Veamos: he contado sesenta y seis escalones desde el sitio en que me apearon, de lo cual deduzco que debo estar en el tercer piso; y como las clasificaciones han de hacerse por categorías, no debo estar muy léjos de mis amigos Saint-Agnan, Haram, Soucelles y otros.

Pasó el resto de la noche en sondear las paredes. Juzgando por el sonido roncundo y sonoro de las piedras que nada habia que esperar por aquella parte, se valió de otros arbitrios, procuró hacerse amigo de su guardian. Mostróse este al principio inaccesible, contestando con su obstinado silencio à las insinuaciones del preso; pero al cabo de algun tiempo manifestó Roberto tanta resignación, tanto agradecimiento à la complacencia mas insignificante, que el carcelero cayó en el garlito, y acabó por confesarle que dos de sus amigos estaban alojados, uno arriba y otro abajo de él.

—Con que ese pobre de Saint-Agnan,—preguntó el encarcelado,—es el que oigo andar de noche?... Preciso es que el cautiverio le parezca bien horrible, puesto que le impide tomar hasta el menor descanso.

—No,—contestó el llavero,—no lo hace por fastidio, sino por estar componiendo versos.

—Diantre! no abandona su mania. Hasta en la cárcel se empeña en cantar al rey nuestro señor para confundir à los que nos acusan de ser sus enemigos. No pudiérais decirle, amigo mio, que lo echorto à permanecer en tan buenos sentimientos?

—Cómo quereis?...

—Sí, ya sé que la consigna no lo permite; pero reflexionad cuán inocente es

mi petición, reducida à saludar à un amigo à quien no puedo hablar. Ella à nadie ofende, y ademas, debeis considerar, querido amigo, que no siempre han de mandar los Guisa, y que la impotencia de los que tienen como yo, sangre real en las venas, ha de ser momentánea por necesidad.

—Bien sé, monseñor, que sois de noble y poderosa raza.

—Confiad, pues, en mi fortuna!... Habeis de saber, amigo, que cuando me registraron, conseguí esconder esta bolsa en una manga: tomadle, os la doy sin condicion; y si despues de aceptarla, no juzgais conveniente responder à una sola de mis preguntas, no me quejaré: ya veis que no soy ecsigente. Si por el contrario, admitido ese regalo insignificante, me manifestais algun cariño, mi agradecimiento encontrará modo de probároslo con otras bagatelas por ese estilo.

—Prometedme al ménos que no procuraréis evadiros.

—Vaya, hijo mio: ¿tenemos por ventura alas en los hombros y en los talones, mis amigos y yo? Todo lo que os suplico es, que nos dejeis pasar unas cuantas horas juntos al dia, concesion que será un simple acto de humanidad, y nada mas.

No viendo en la propuesta nada que perder, y sí algo que ganar, el llavero se dejó persuadir, y en la misma noche tuvieron los tres amigos el gusto de cenar en compañía. El primer asunto de que habló Roberto, no obstante la promesa hecha à su custodia, fué concerniente al modo de salir cuanto ántes de la fortaleza, valiéndose de todos los arbitrios posibles, y hasta recurriendo à la viva fuerza; pero Soucelles manifestó que una tentativa de ese género no podia dar otro resultado que el de hacerse matar, lo que era un pésimo medio de servir à la causa que habian abrazado.

—El rey de Navarra sabe donde estamos,—agregó:—me consta que todo va bien, y que muy pronto se dará el golpe decisivo, tan pronto que acaso será hoy mismo, y si no, dentro de tres dias à mas tardar.

—Y cómo te consta?—preguntó Saint-Agnan.—Cuentas con relaciones esterioras?

—El que se mete à conspirar debe preveer hasta donde pueden ir las cosas, y tomar en consecuencia sus medidas.

—Y recibes aquí noticias?

—Dia por dia, desde el de mi entrada.

—Razon mas para no desechas mi plan,—dijo Roberto Estuardo.—Con los socorros de fuera y la gente que por necesidad has debido ganar aquí dentro, es imposible que no logremos escaparnos.

—Tambien yo opino así,—dijo Saint-Agnan.—Así, pues, manos à la obra.

—Teneis los cascós à la ginetá,—respondió Soucelles,—y siempre queréis aventurarlos todo en un albur. Seriais disculpables si no se espusiera mas que la vida; pero va de por medio el écsito de una empresa decisiva. Estad tranquilos: cuando sea tiempo, no dejarán nuestros amigos de visitarnos à la cabeza